

Si Giordano se ocupa de Barthes (y me vuelvo a preguntar “¿por qué Barthes?”), es para señalar que todo cuanto en él no ha sido leído en sus articulaciones políticas, dibuja la torpeza de una crítica —la argentina— que ha sabido desde siempre qué cosa es la acción política, qué cosa es la literatura, y qué cosa lo social. La crítica que lee de antemano la propia respuesta en el gesto de anticipación ciega.

No sé si es el propósito de Giordano enjuiciar así la historia de la crítica literaria en Argentina, descolocando a uno de sus fetiches, pero su trabajo permite meditar ese enjuiciamiento latente. Hace posible meditarlo.

Lectura intensa, que a la vez intensifica aquellos otros textos releídos al margen y con Barthes. Notoriamente, Deleuze y Blanchot. Que no son aquí meros aparatos teóricos, métodos o marcos conceptuales, como suele decirse en la jerga, sino operadores de intensidad.

Y sólo conozco a un lector que haya leído con tal intensidad la narrativa de Blanchot. Es Jacques Derrida, cuyo gesto me recuerda este libro de Giordano. Digo y repito la palabra “intensidad”, y quiero decir, tanto para uno como para el otro, aprender a teorizar en la literatura para que la teoría no se convierta en otro fetiche de certezas. Como Barthes que, gracias a Giordano, vuelve a hablar a la crítica argentina, pero esta vez para recordarle que por cada plenitud hallada, la literatura devuelve un millón de incertidumbres.

**Eduardo Grüner: *Un género culpable. La práctica del ensayo: entredichos, preferencias e intromisiones*<sup>1</sup>**

Rosario, Ediciones Homo Sapiens, 1996

**Juan B. Ritvo**

**I.**

Los distintos ensayos del libro de Eduardo Grüner modalizan los múltiples o más bien infinitos vínculos de la política con la literatura, pero no a la manera insulsa de la llamada interdisciplina sino según una calculada (pero no prevenida) contaminación que lleva a la política la

<sup>1</sup>Este texto fue leído durante la presentación del libro de Grüner (Rosario, Homo Sapiens Ediciones, 1996), en Rosario, en mayo de 1996.

exigencia de absoluto que es propia de la literatura (de absoluto, no de totalidad) y que trae de vuelta, de aquella a esta, la tensión de un malestar tan insoportable que, literalmente, ya es peste.

Cito una expresión de Grüner, tomada de “Res Puestas, Cosas (Entre) Dichas”: “En el campo literario argentino, al menos desde Sarmiento, el ensayo fue siempre el espacio de una interpelación polémica de la palabra de la Polis”.

Y ¿qué es la Polis contemporánea, vuelvo a evocar expresiones del autor, ahora de “Las palabras (perdidas) de la tribu”, sino el lugar donde se ha vuelto imposible distinguir Cultura de Barbarie?

Si Cultura connota las diversas formas de la normativización, Barbarie reúne no sólo la violencia carismática que se ejerce contra el legalismo republicano; también engloba lo que el Logos secreta: las acciones de segregación, los dispositivos del terror, las políticas de desubjetivación y de control de las singularidades.

Ensayo, Cultura y Barbarie (digamos, para traducir: Civilización y Barbarie), ética de la Polis. Son expresiones que nos reenvían a la dedicatoria del libro, que menciona a los “compañeros de aquel Sitio: Ramón Alcalde (in memoriam), Luis Gusmán, Jorge Jinkis, Mario Levín”.

El último número de *Sitio*, si no me equivoco, apareció en 1987; dos años después moría uno de sus fundadores, Ramón Alcalde. Ya tenemos la suficiente distancia (tal como recomienda la buena gente académica) para precisar un estilo *Sitio*, tan particular y situado como, pongamos, lo fue el de *Contorno*.

*Contorno* redescubrió el marxismo a través de la dramática sartreana; *Sitio* (véanse las fechas 1981-1987) enfrentó la guerra de las Malvinas, el fin de la dictadura y el comienzo de una endeble república, cada vez más ganada por el neoliberalismo. Agreguemos: la potencia del psicoanálisis es progresivamente neutralizada por una burocracia con aspiraciones internacionales, acorde con los tiempos llamados de globalización; los intelectuales, que Grüner caracteriza y caricaturiza bajo el nombre de “Hystericus”, están demasiado ocupados por aprender rápidamente las nuevas lecciones del orfeón posmodernista; y por último (aunque, desde luego no en último lugar) declinan el marxismo, las políticas alternativas, los sueños de reconciliación a través de una clase universal.

El sitio que *Sitio* intenta clarificar —sin metalenguaje, sin categorías totalizadoras, sin fáciles juegos de mandarín heideggeriano, o de cualquiera que se afilie a los prestigios del nombre propio ajeno—, ya no es el proyecto de defender, frente a victorianos o mecanicistas, la autonomía relativa, el peso propio específico de la literatura, tarea llena de idas y vueltas, de avances y compromisos que alguna vez se llamaron, ominosamente, “pequeño-burgueses”; o bien lo contrario, militar por el compromiso de la literatura con la coyuntura económica y política; y en modo alguno se intentaba el gesto que tantos intentaron e intentan,

renovando el antiguo desdén de Quintiliano, que sólo soportaba su vida cuasi servil acudiendo al consuelo de las bellas letras. Como lectores, como ensayistas que escriben lo que leen, los que hacían *Sitio* se nutrían de la áspera e intempestiva tradición ensayística rioplatense y sin autorizarse emblemáticamente en ella la transformaban en intromisión en acto que circula por los diversos dominios de la cultura, no para gobernarlos sino para vivificar y despertar aquello que la catástrofe política y la somnolencia posmoderna habían convertido en desierto; despertar, fundamentalmente, a una certeza: que el acontecimiento de la verdad jamás se iguala al paso del criterio de verdad porque la certeza va más allá de la aseveración de sí misma al retener y entredecir las tensiones, vacilaciones e indisciplina radical del pensamiento.

La obra literaria —en el sentido blanchotiano del término—, al revelar “la imposibilidad de una ciencia de lo particular”, muestra una no ciencia (que no equivale a ausencia de ciencia), un estatuto ejemplar para la lectura singular de una escritura aún por venir; ejemplar mas sin vocación de Amo imperial, ejemplar, sobre todo, para disciplinas empobrecidas en una Polis en tortuosa declinación.

Cito, al respecto un momento decisivo del texto que inaugura el libro, que refiere al acontecimiento discursivo llamado *obra*. “Ese es el lugar, pues, de una teoría de la lectura, inseparable —se dijo— de una teoría de la escritura, y ambas como propiamente *imposibles* (si se acepta el postulado de la imposibilidad de una ciencia de lo particular), en el sentido de que tendría que ser una teoría informada por su propia práctica, una teoría *cada vez única*, que se funda y a la vez se disuelve con cada lectura (incluso del mismo texto): ¿cómo podría, en efecto, haber una teoría de la lectura o de la escritura anterior a la lectura o escritura mismas?”

Convicción ontológica, pues, ya que extrae una consecuencia no aristotélica de una teoría aristotélica (la imposibilidad de una ciencia de lo singular) y devuelve al manoseado término “imposibilidad” su exacto perfil, muy lejano del blando uso impresionista: el de hacer de lo irracional e inconmensurable la causa de una nueva y más exigente racionalidad.

La imposibilidad de una ciencia de lo particular constituye al ensayo como no ciencia de lo singular en una dimensión que, para que no sea mera razón abstracta, general, incorpore la dimensión del cuerpo.

Grüner prefiere los textos que “dejan sus huellas lacerantes en el propio cuerpo, transformado en colonia penitenciaria sobre la cual se inscribe la Ley de una cultura que se define por su ilegitimidad, por lo que Martínez Estrada llamaba su “bastardía”, es decir la provisoriedad de su origen, que le impide la tranquilizadora quietud del mito”.

El nombre de Martínez Estrada, que evoca la bastardía del cuerpo, nos devuelve, plenamente a esa singularidad sin concepto y sin embargo tan pregnante que es la realidad de nuestra ensayística. No bastan las

generalidades (aunque sean sus tutores Blanchot, Adorno o Kafka); es preciso retroceder hasta ciertos nombres —Sarmiento, Borges—, y avanzar hacia esa visceral y oscura dureza, ilegítima, mestiza, que denominamos, a falta de algo mejor, literatura argentina o quizá, para ser más acotado, rioplatense.

¿Cómo evitar la alegoría? Por ejemplo, aquella en la que un escritor ciego —Borges— se encuentra con una sombra —Lugones— en la biblioteca de la calle Rodríguez Peña de un Buenos Aires desaparecido. La lectura del ensayo de Grüner “Martínez Estrada: la historia impura”, me ha hecho levantar la cabeza y pensar que el sitio de la literatura nacional (pero cuando digo literatura nacional resuena en mí “ensayo nacional”) es el de una irrupción —en el desierto de la elocución—, del violento *epos* sarmientino que ha sido demorado, interrumpido por la melancólica ironía borgeana. Una épica que al final se desvanece pero que en su camino ha recorrido y dispersado y vuelto a reunir las coordenadas del pensamiento y el arte contemporáneos.

## II.

Finalmente quisiera, sobre uno de los ensayos más ambiciosos y complejos de la recopilación, “Las palabras (perdidas) de la tribu” —curiosamente descatalogado en el índice por una errata de impresión—, formular un par de reservas.

Su tema podría quedar expuesto en una frase del mismo Grüner: “El pensamiento de la modernidad, en cambio, se empeña en trazar la historia de la progresiva separación entre lenguaje y sujeto: traducido a la política, entre el “ciudadano” —y el término, veremos, no deja de ser problemático— y la “racionalidad instrumental” del Poder”. La locución citada de carácter adverbial refiere a la ciudad ateniense clásica en la cual la ciudadanía es tautológica porque ser hombre es ser ciudadano y viceversa. En este mundo —que excluye a mujeres, esclavos, extranjeros, culpables—, hay una clara delimitación entre el adentro y el afuera, entre la pertenencia y la exclusión y el lenguaje de la política coincide idealmente con la lengua de la Polis.

Desde luego, este esquema es ideal (en el sentido weberiano del término, se me ocurre) y no fáctico; pero ¿por qué tomarlo por referencia?

Pensar la historia según el modelo de la escisión de una bella totalidad originaria lleva a callejones sin salida. Menciono algunas de ellas. Cualquier proyecto político que valoremos debería postular, si se inspira en semejante esquema, implícita o explícitamente, el modelo de una universalidad de destino, como —no ignoro que se trata de un tema polémico— en Hegel y también en Engels y Marx.

De otro lado, esta concepción conduce a concebir a la tragedia —la griega, se entiende—, como la transgresión de un saber; pero, me pregunto, ¿no será exactamente al revés? ¿No muestra, por ejemplo, *Antígona*, y sobre todo el enfrentamiento de Antígona con Creonte, que el lenguaje de la política ya no es la lengua de la Polis sencillamente porque no hay una lengua común a todos los sectores de la ciudadanía? La tragedia ática es más bien la manifestación eminente del saber de la Polis, en el que las formas del malentendido, la ambigüedad y el silencio revelan que ya no se sabe a ciencia cierta dónde están, si adentro o afuera, el Extranjero, el Culpable.

Al final del ensayo encuentro esta frase: “Se dice que hay una crisis del marxismo, y no sin razón”. La construcción indica, en su alternativa entre la impersonalidad del “se” y la lítote del final el lugar en el cual Grüner estaba tomado, al menos en la fecha de la composición (1992) y, no lo ignoro, el lugar en el que el artículo se publica: la revista *El cielo por asalto*, habrá ofrecido su coeficiente de presión retórica.

No creo que Grüner comparta una afirmación banal, corriente, que hace muy poco en un reportaje formulara Cornelius Castoriadis, para abundar: “el comunismo se deshizo, luego el marxismo también se ha deshecho”. Es que hay en el marxismo mucho más (y mucho menos) que en la práctica efectiva del comunismo, pero es necesario distinguir registros, niveles, ámbitos, para que todo no caiga en esa horrible confusión cuyo correlato es la ciega afirmación de que aquí no ha pasado nada, cayó la U.R.S.S., es cierto pero el verdadero comunismo aún no ha llegado, etc., etc., grosería moral que equipara a quien la profiere al alma bella hegeliana.

No es lo mismo la tesis acerca del valor que el análisis de los mecanismos de reproducción ampliada del capital, y la justificación que ofrece *La ideología Alemana* del privilegio de la economía no tiene el mismo nivel de abstracción que la hipótesis estructural elaborada muchas décadas más tarde por Althusser. Pudiéramos seguir —clase universal, conciencia de clase, etc.—, quizá largamente, pero esta discriminación puntual y al mismo tiempo sintética tenemos la obligación de emprenderla para no continuar, nosotros también, a la defensiva. Quiero decir, como este tema atraviesa diagonalmente varios textos de Grüner, creo que nos debe (y se debe a sí mismo) el inventario discriminativo de niveles —filosóficos, epistemológicos, políticos, axiológicos—, niveles de vigencia o de falta de vigencia; ese debate que los franceses, con velocidad hipermoderna, resolvieron con maravillosa adaptabilidad.